

PALABRAS LEÍDAS EN EL HOMENAJE AL PROFESOR FERNANDO ZALAMEA

ACADEMIA COLOMBIANA DE CIENCIAS EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES

4 DE DICIEMBRE DE 2018

CARLOS ALBERTO CARDONA^(*)

Es para mí un honor tener la oportunidad de dirigir unas palabras en este homenaje que se le rinde a la persona de Fernando Zalamea. Cuando pensaba en el texto que me gustaría compartir con ustedes, decidí comenzar formulándome una pregunta que quiero responder con la fuerza y el cariño que amerita un homenaje de este estilo. La pregunta que vino a mi mente fue sencilla: «¿Qué ha representado para mí, el hecho de que mi línea-de-mundo haya bordeado las vecindades de la línea-de-mundo del profesor Zalamea?». Quiero pensar que si contesto el interrogante, dejaré constancia de la huella que el profesor Zalamea ha dejado en muchos de nosotros, especialmente en aquellos que nos consideramos sus discípulos. No tardé en dar con una respuesta sencilla. Y no por sencilla, deja de ser profunda. Mis palabras están dirigidas a mostrar en dónde radica la profundidad de mi sencilla respuesta. Esta es: «En la persona de Fernando Zalamea tuve la formidable oportunidad de encontrar un MAESTRO». Mi respuesta no es un cumplido de ocasión, es

^(*) Universidad del Rosario, carloscardona1959@gmail.com

la formulación de una apreciación que se enraíza en un concepto muy hondo. Procederé a explicarlo.

Entre mis pertenencias más queridas guardo la carta que el profesor Zalamea dirigió al Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional en la que aceptaba y se comprometía a dirigir mi investigación doctoral. De su extensa y detallada carta me sorprendieron dos elementos. En primer lugar, la seriedad y rigurosidad de las ideas que hilaba y, en segundo lugar, la generosidad que allí desplegaba. Es muy probable que todos compartan conmigo que estos dos rasgos caracterizan la vida profesional de Fernando. Muchos indicadores hablan de la hondura y del impacto de las ideas que defiende el profesor Zalamea en campos que van desde la filosofía y las matemáticas hasta los entornos artísticos y culturales. No me detendré en sus ideas particulares; voy a extenderme, más bien, en su generosidad.

El enfoque sintético que Fernando ha querido darle a la filosofía de las matemáticas, le ha llevado a estudiar en profundidad los tránsitos dialécticos que, en el marco de la creatividad matemática, se dan entre polos conceptuales antagónicos. Fernando estudia las obstrucciones mutuas y muestra que el despliegue de la creatividad se da en un horizonte de oscilaciones pendulares que van entre uno y otro extremo. Algunos de los contrastes más citados devienen de las tensiones entre lo uno y lo múltiple, lo continuo y lo discreto, lo simple y lo complejo, lo local y lo global, el análisis y la síntesis. Entre todos los antagonismos, me sorprende uno que, a pesar de que se menciona poco, retumba en lo más hondo de la creatividad honesta. Fernando en forma original y conmovido por los pensamientos de Pascal, ha subrayado la tensión entre razón y co-razón.

En un hermoso diálogo del obispo Agustín de Hipona, titulado precisamente *El maestro* [*De magistro*], su hijo Adeodato, uno de los interlocutores, se sorprende por el cambio de sentido que se da en una palabra al modificar simplemente un fonema o un elemento gráfico. El cambio puede producir un giro desde una acepción hasta otra completamente opuesta. Adeodato se sorprende porque la palabra *cieno* [*coenum*], que significa lodo, cambia radicalmente de sentido cuando se sustituye una letra para escribir *cielo* [*coelum*], que ahora alude al carácter diáfano del firmamento.¹ En el mismo orden de ideas, yo me pregunto por la motivación semiótica que lleva a Fernando a introducir un

¹ Cfr. Agustín, 389/2003, *El maestro*, Madrid: Editorial Trotta, § 25. Trad. Atilano Domínguez.

guión en la palabra española “corazón”, para convertirla en la antagónica amigable de “razón”.

Intentaré ofrecer una respuesta. El verbo *cooperar* se enriquece al introducir un guión para ver con más fuerza su significado. Así, *co-operar* significa obrar juntamente con otro y *co-operación* alude a la disposición para obrar con otros. De la misma manera, *co-razón* puede aludir a la disposición para razonar al lado de otros; es decir, valerse de la razón en compañía de otros. Soy consciente de que las motivaciones de Fernando están más cerca del aspecto pasional que perseguía Pascal y que el profesor Zalamea encuentra arraigado en la vida y obra de Galois, de Cantor o en el *yin* y el *yang* –lo femenino y lo masculino– de Grothendieck. Pascal quería advertir que la razón carece de elementos para comprender las motivaciones del corazón.² Si, en forma complementaria, mi interpretación también es justa, *co-razón* advierte que el *logos*, al tenerse como posesión individual, requiere de la interpelación o de las obstrucciones que ofrece el otro. La razón, sin la interpelación del otro, se reconoce desorientada. Visto así, el concepto *uno*, por ejemplo, se enriquece cuando, quien se vale de él, está atento o escucha las obstrucciones que vienen de quienes se valen del concepto *múltiple*, su antagónico. Esto vale para todas las polaridades mencionadas.

Además, y esto es lo más importante, vale también para el entramado de las acciones que despliega un maestro en su ejercicio pedagógico. Un profesor es la persona que profesa, es decir, enseña una ciencia. En otras palabras, comunica a otros todos los conocimientos o destrezas que están en su poder. Un maestro, en el sentido hondo que he querido dar al término, se dispone a valerse de la razón en conjunción con otros; en particular con sus discípulos. El maestro acompaña al otro, no solo para enseñarle e instruirle, lo hace también para aprender de él, para enriquecerse de las obstrucciones que le ofrece. Es generoso porque se anima a ver en el otro un par, no un subordinado. Descubrí con alegría que el diccionario de la Real Academia Española (*RAE*) recoge el verbo *maestrear* para referirse a entender o intervenir con otros, como maestro, en una operación.

En ese orden de ideas, para ser un buen profesor se requiere de la posesión de conocimientos firmes y profundos, una cierta dosis de sabiduría. Para ser un buen maestro

² «Le coeur a ses raisons que la raison ne connaît point», *cfr.* Pascal, 1670/1963, *Pensées*, § 423, en *Oeuvres Complètes*, Paris : Seuil.

se requiere, además de lo anterior, de mucha generosidad, de la disposición a maestrear. La generosidad no se expresa en enunciados que pudieran ser verdaderos o falsos; ella se muestra en gestos que se encarnan en formas de acción. El maestro advierte las limitaciones del conocimiento que profesa y está dispuesto a enriquecer y enriquecerse gracias al diálogo, entre constructivo y obstructivo, que establece con sus discípulos. Se trata, entonces, de un reconocimiento de los límites de la razón individual. El maestro interpela y se deja interpelar. Quienes hemos estado cerca del ejercicio pedagógico de Fernando Zalamea, conocemos de primera mano la maestría que he tratado de subrayar; sabemos que Fernando hace de esta generosidad cognitiva una forma de vida que engalana su personalidad.

El sentimiento de incompletitud que acompaña a un maestro le convierte en un investigador. Fernando no para de investigar porque nunca se siente lleno. Siempre está dispuesto a aprender de las obstrucciones que encuentra en el trato con los otros. Y no me refiero simplemente al trato con las personas, también hablo del trato con las disciplinas que difieren de su matriz de matemático. Por esa razón, los conflictos que encuentra en el ejercicio de las matemáticas le llevan a tocar las puertas del filósofo, del físico, del poeta, del músico o del artista. De ese intercambio con el otro solo hay ganancia si hay generosidad. Y aquí me presento ante ustedes para dar fe, ante todo, de la generosidad de Fernando.

Las palabras en inglés para referirse a corazón son *heart*, muy cercana a la palabra *hearth* [*hogar*] y *core*; la palabra francesa es *coeur*, del latín *cor*. Estos dos idiomas no contaron con la riqueza de poder explotar un registro sígnico, como el que ha creado Fernando Zalamea, para aludir a la importancia de valerse del *logos* en la compañía de otros, es decir, en la faena de estar-con-otros y el reconocimiento de lo que ello implica. Esta peculiar ausencia covaría con los funestos resultados de la política internacional contemporánea, dirigida por quienes habitan el mundo en inglés o en francés.

Al maestro Fernando Zalamea, de todo corazón, muchas gracias!!!!

